

CONFERENCIA DE HEIDI TINSMAN

5 de noviembre de 2008

Presentación

Claudio Barrientos

UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

La relación de Heidi Tinsman con Chile se remonta a sus años en la Escuela de Posgrado en la Universidad de Yale y a los inicios de la década de 1990 en nuestro país. En plena investigación doctoral, le tocó experimentar uno de los procesos históricos más importantes de nuestra historia contemporánea: la transición a la democracia. El contexto de violencia que, como sociedad, intentábamos dejar atrás, y las esperanzas puestas en la solución de problemas aún pendientes con los ciudadanos más vulnerables de nuestro país, entre ellos las mujeres campesinas, hicieron que Tinsman decidiera investigar sobre conflictos sociales y violencia doméstica en el mundo rural.

Su experiencia con mujeres temporeras en la zona central, en medio del *boom* de exportaciones frutícolas, impactó fuertemente el trabajo historiográfico de Tinsman. La relación con esta realidad está en la base de sus investigaciones. Así ha ocurrido con su estudio de la reforma agraria y de las relaciones laborales y cotidianas de las temporeras de la fruta; así también con el reciente giro transnacional de su trabajo, marcado por el estudio del mercado y la demanda por uva chilena en los hogares de la costa oeste de Estados Unidos. En busca de una mejor comprensión de este último proceso histórico —central en la redefinición de las relaciones laborales y de género del mundo campesino— Tinsman ha inserto el estudio del *boom* de la fruta en un contexto transnacional, postulando que, a partir del análisis de la demanda de productos agrícolas chilenos en la sociedad californiana, se articulan en nuestro país, en la década de 1980, nuevas formas de dominación laboral y de control doméstico y sexual de las mujeres, todo esto mientras se producía la pauperización de los sectores campesinos y populares chilenos, y, en consecuencia, las mujeres debían asumir el desafío de insertarse masivamente en el mercado laboral de la exportación frutícola.

En Chile, Tinsman es ampliamente conocida por su libro *La tierra para el que la trabaja: género, sexualidad y movimientos campesinos en la reforma agraria chilena* (2009). Desde su aparición original en inglés, el año 2002, con el título *Partners in Conflict*, este texto venía aportando a la historiografía chilena y latinoamericana una nueva forma de mirar los procesos agrarios y de transformación social, desde una innovadora perspectiva de género. Este estudio reúne en sus páginas lo mejor de la tradición de la historiografía social y del feminismo de las últimas décadas. A mi juicio, el gran aporte de Heidi Tinsman es situar sexualidad y género como categorías de poder histórica y culturalmente construidas al interior de las relaciones cotidianas, laborales y políticas de hombres y mujeres. Su escritura, respetuosa de los campesinos chilenos que experimentaron la reforma agraria, otorga historicidad a quienes habían sido tradicionalmente despojados de agencia y capacidad de interlocución política. Los trata como actores complejos –o, más aun, políticamente complejos– mediante lecturas e interpretaciones que van más allá de la política formal y los medios modernos de expresión e irrupción en la esfera pública.

Hace unos quince años, el patriarcado era muy criticado como sistema social y cultural de dominación en el análisis de la agencia histórica de las mujeres, pues las dejaba constreñidas a espacios de dominación eminentemente masculinos, abstraídas en una sujeción y subordinación imposible de fisurar y contrarrestar. Sin embargo, Tinsman rompió con estas lógicas al decir que su trabajo “no es una simple historia sobre la exclusión de las mujeres y el triunfo de la dominación masculina”. Si bien las mujeres se beneficiaron mayoritariamente de la reforma agraria, su empoderamiento y superación de sus condiciones de pobreza y sujeción, a raíz de este mismo proceso, generó, al mismo tiempo, una crisis al interior de las parejas y las familias campesinas chilenas. Esta problemática se evidenció no sólo en una transformación y renegociación de los roles de género, sino también en una crisis generacional a causa de la reformulación de las prácticas sexuales de las jóvenes de la época. Estos cambios conllevaron además la ocurrencia de violencia sexual, produciendo la paradoja –señalada por la propia autora– de que en estos casos era difícil invocar la condición de víctimas por parte de las mujeres, pues el control individual de la sexualidad y el cuerpo de éstas, en momentos de renegociación de las relaciones cotidianas de poder, las construye como propiciatorias de las violencias ejercidas en su contra, dada la ruptura del pacto patriarcal que resguardaba su honor y probidad. Así, sugerentemente, el proceso de reforma agraria se constituye en un momento clave en el que, material y cotidianamente, los cambios en las relaciones de poder social y político que ocurren a nivel global y estructural se negocian e inscriben en los cuerpos de las mujeres.

En función de este análisis, Heidi Tinsman logra ilustrar muy bien el funcionamiento del pacto patriarcal previo al proceso de reforma agraria, y el paulatino proceso emancipador que comienza a operar con las políticas reformistas del período de Frei Montalva, materializado en la educación rural, la domesticidad cívica, y las políticas de control de natalidad y planificación familiar, que sientan las bases para una transformación de las vidas cotidianas de las mujeres campesinas. Esto instalará las premisas básicas de la idea de apoyo mutuo y colaboración entre hombres y mujeres, que se acentuará en la movilización política de éstas en el proceso de la Unidad Popular. En este punto, Tinsman logra mostrar la paradoja del lenguaje político del período de la UP que empodera a las mujeres, que las llama a constituirse en un contundente apoyo político, aunque potenciando a la vez unas formas de militancia masculina que las aíslan de los procesos masivos de sindicalización o participación política revolucionaria.

El primer acercamiento de Heidi Tinsman a la historiografía chilena fue la publicación de su artículo “Patrones del hogar. Esposas golpeadas y control sexual en Chile rural, 1958-1988”, en la compilación realizada por Lorena Godoy, Soledad Zárate y Alejandra Brito titulada *Disciplina y desacato: construcción de identidad en Chile, siglos XIX y XX* (1995). En este estudio Tinsman muestra cómo, al contrario de la Unidad Popular, la dictadura militar chilena centró sus políticas familiares —en contextos de crisis económica e implementación del neoliberalismo— en la deconstrucción de los roles de proveedor y “patrones del hogar”, afectando directamente las condiciones estructurales y materiales en las que se sustentaban distintas formas de masculinidad campesina. El *boom* de exportación de la fruta agudizará esta paradójica crisis de los roles de género, insertando a las mujeres en el trabajo de la recolección de la fruta; al mismo tiempo, articulará otro proceso de negociación del patriarcado chileno, en el que las mujeres campesinas se constituirán en sostenedoras de sus hogares, eventualmente enfrentadas a la violencia doméstica, el control y las agresiones sexuales en el ámbito laboral y conyugal. Este artículo, junto a otros similares publicados en Estados Unidos, ha ayudado a comprender cómo la violencia estructural que experimentó la sociedad chilena en la década de los ochenta permeaba el modelo exportador, convirtiendo el espacio laboral y doméstico femenino en un nuevo ámbito de represión y violencia.

Los alcances de este proceso histórico han llevado a Tinsman a plantear el estudio del *boom* frutícola chileno dentro de un marco regional amplio, que incluyera a Chile y California, dos regiones que históricamente, desde el primer *boom* exportador agrícola del siglo XIX, han estado unidas por el consumo de la uva. Para iniciar un proyecto de tal magnitud, es preciso redefinir los

parámetros teóricos que guiarán el estudio abocado a analizar cómo el consumo de fruta de una dueña de casa en California afecta la vida cotidiana de una temporera de la fruta en el valle de Aconcagua, y viceversa. El texto aquí presentado es una reflexión y una propuesta historiográfica que tiende a descentrar el estudio de la historia de las antiguas regiones en que se circunscribía América Latina, así como a expandir nuestro concepto de nación para entenderla como el producto de nuevas dinámicas, como el capitalismo global y las profundas transformaciones que éste produce a nivel cotidiano en espacios tan disímiles, pero al mismo tiempo conectados, como Chile y California.

El giro transnacional busca encontrar nuevas lógicas analíticas e históricas, que superen los límites de las historias nacionales, globales y comparadas que, o bien circunscriben un proceso histórico a un país determinado, o bien desarrollan lecturas de procesos amplios cuyo subtexto y referencia permanente es Europa o Estados Unidos. En diálogo con los estudios poscoloniales y decoloniales, el paradigma transnacional pretende hacer justicia a los procesos históricos que involucraron a regiones dentro y fuera de América Latina, sin las dicotomías y jerarquías que imponía la relación entre Primer Mundo y Tercer Mundo, propia del contexto de la Guerra Fría. Como Tinsman señala, el giro transnacional no pretende estar reinventando la historiografía contemporánea, pero ofrece posibilidades “emocionantes y nuevas” de estudiar la historia de América Latina, pues, a pesar de los límites o peligros que pueda conllevar, todo depende del uso que los historiadores hagamos de él.

Los estudios latinoamericanos y el giro transnacional¹

Heidi Tinsman

UNIVERSITY OF CALIFORNIA IRVINE

Hoy, al final de la primera década del siglo XXI, vivimos con una profunda conciencia de la conexión y el conflicto globales. Migraciones de bienes y personas avanzan junto a guerras imperialistas, terrorismo y severas desigualdades internacionales. El socio comercial más grande de Chile es China, y mucha de su creciente fuerza laboral viene de Perú y Bolivia. Estados Unidos ha trasladado sus experimentos con la democracia y sus intervenciones militares de América Latina al Medio Oriente. India, con su enorme población en diáspora en Gran Bretaña, Norteamérica y África, está llegando a ser el productor principal del cine y la literatura ingleses. En noviembre de 2008, mis propios compatriotas eligieron un Presidente cuyo padre era de la Kenia poscolonial, cuya madre tenía ancestros alemanes y cuyos parientes por parte de su esposa llegaron a América desde África como esclavos. Barack Obama creció en Hawaii, en la práctica un lugar del cruce global entre Asia y América, una isla anexada por Estados Unidos en la misma guerra imperialista que, en 1898, le dio a este país el control sobre las Filipinas, Cuba y Puerto Rico.

Estos cruces globales desafían las ideas convencionales sobre “nación” y “región”: la idea de que Chile o Estados Unidos o América Latina, Asia, o África tienen fronteras fijas en donde la gente y las culturas permanecen quietas. Hoy, el actual “giro transnacional” en la disciplina de la historia –y en todas las disciplinas– surge de una conciencia de aquellas dinámicas globales: el término de la Guerra Fría, la actual crisis del neoliberalismo, el triunfo de internet y de los iPod.

1 Este artículo se basa en ideas desarrolladas en Sandhya Shukla y Heidi Tinsman (eds.), *Imagining Our Americas: Toward a Transnational Frame* (Durham: Duke University Press, 2007), especialmente en nuestra introducción conjunta, “Across the Americas”.

Pero el comercio mundial, la migración de masas y el flujo cultural no son nuevos. El capitalismo mundial nació en el siglo XVI a través del constante movimiento de la plata, de cuerpos humanos y de textiles entre Europa, América, África y Asia. Y mucho antes los romanos, moros y mongoles ya habían viajado. Los incas y los aztecas tuvieron también sus movimientos remotos. En el siglo XVIII, los americanos (del norte y del sur) llegaron a amar el té británico, el equivalente contemporáneo del café Starbucks de ahora. En el siglo XIX, proporcionalmente más inmigrantes europeos, esclavos africanos y asiáticos contratados fueron obligados a dejar sus hogares por otros nuevos (principalmente en América) que la gente que se desplaza en el presente siglo. Así, si nosotros estamos experimentando un giro transnacional en los estudios académicos, no es simplemente porque *nosotros* vivamos en un momento global, como si otros, antes, *no lo hubieran hecho*.

Y, sin embargo, un giro transnacional se abre paso entre nosotros. Cada uno de los principales congresos académicos a los cuales he asistido últimamente tomó “lo transnacional” o “lo global” como su tema central. Los historiadores están agitados discutiendo sobre el “mundo atlántico”. Los sociólogos examinan la ciudad global y el consumo. Los críticos literarios debaten sobre novelas poscoloniales.²

¿De dónde viene este giro transnacional y qué significa? Quiero explorar algunas de las razones, especialmente en lo relacionado con el estudio de América Latina. Luego discutiré algunos ejemplos de estudios transnacionales de América. En su mayor parte, mi comentario atiende a los cambios al interior de la academia norteamericana, donde yo trabajo. Además, quiero reconocer que mucha gente ha trabajado temas internacionales y comparativos con bastante anterioridad. No pretendo que este giro transnacional sea, totalmente, una novedad. Pero sí quiero trazar su historia.

¿Razones para el giro transnacional? Primero, las ideas sobre “la nación” y lo que constituye “naciones” han cambiado dramáticamente en las dos últimas décadas. Ya no se toma por sentado que la nación es algo que existe naturalmente o que evoluciona lógicamente. Las naciones ya no son consideradas unitarias, consistentes en tradiciones unificadas o características nacionales. En Estados Unidos, los estudios de género y de sexualidad, así como los estudios étnicos y de raza, han sido muy importantes para des-esencializar

2 Sobre transnacionalismo, ver Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Szanton Blanc, *Nations Unbound: Transnational Projects, Postcolonial Predicaments, and Deterritorialized Nation-States* (Nueva York: Gordon and Breach, 1994).

el carácter de las naciones.³ Los estudios de género y étnicos existen como programas completos, o bien como departamentos, en todas las principales universidades, cuyo primer objeto de estudio fue “la nación” y los términos de la pertenencia nacional.⁴ Ellos han explorado las jerarquías e inequidades que construyen cualquier “comunidad nacional”. Los estudios étnicos han trabajado especialmente temas de inmigración y diáspora, los cuales examinan el constante movimiento de gente a través de las fronteras. Y, dentro de Estados Unidos, el campo de los “estudios de fronteras” (*borderland studies*) ha trabajado la fluidez entre México y el suroeste. Igualmente crucial en la discusión sobre “la nación” ha sido la historia social, con su énfasis en los obreros, los campesinos y los esclavos subalternos, cuerpos que migran o que no necesariamente tienen lealtad a una nación-Estado. En suma, un enfoque sobre la diferencia, la diversidad y la desigualdad que comprende la estructura de cualquier “nación” o “comunidad” ha sido un aspecto crucial en el giro transnacional.⁵

Una segunda contribución proviene de la crisis epistemológica actual, del legado del así llamado giro cultural. Parece que hoy cada disciplina —la historia, la antropología o la literatura, por nombrar sólo unas pocas— está en el medio de una crisis sobre los límites de la producción de su conocimiento, incluso sobre la verdad de sus percepciones. Vale la pena recordar que *las* disciplinas emergieron con la Ilustración y su propuesta de que existían unidades discretas y diferentes llamadas “naciones”, “culturas”, “razas” y “sexos”, cuyas identidades y características podían ser trazadas y estudiadas. Originalmente, el proyecto de la “disciplina de la historia” o de un “departamento de litera-

3 En estudios feministas y homosexuales, ver por ejemplo Elizabeth Spellman, *Inessential Woman: Problems of Exclusion in Feminist Thought* (Boston: Beacon Press, 1988); Inderpal Grewal y Caren Kaplan (eds.), *Scattered Hegemonies: Postmodernity and Transnational Feminist Practices* (Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994); Anne McClintock, Aamir Mufti y Ella Shohat, *Dangerous Liaisons: Gender, Nation, and Post-Colonial Perspectives* (Minneapolis: University of Minnesota, 1997); Nira Yuval-Davis, *Gender and Nation* (Nueva York: Sage Press, 1997); Lauren Berlant, *The Queen of America Goes to Washington City* (Durham: Duke University Press, 1997); Jacqui Alexander y Chandra Mohanty (eds.), *Feminist Genealogies, Colonial Legacies, Democratic Futures* (Nueva York: Routledge Press, 1997); e Ida Blom, Karen Hagemann y Catherine Hall (eds.), *Gendered Nations: Nationalisms and Gender Order in the Long Nineteenth Century* (Oxford y Nueva York: Oxford International Publishers, 2000).

4 En estudios étnicos, ver por ejemplo Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* (San Francisco: Aunt Lute Books, 1987); Paul Gilroy, *There Ain't no Black in the Union Jack: The Culture of Politics, Race, and Nation* (Chicago: University of Chicago Press, 1991); Lisa Lowe, *Immigrant Acts: On Asian-American Cultural Politics* (Durham: Duke University Press, 1996); y Sandhya Shukla, *India Abroad: Diasporic Cultures of Postwar America and England* (Princeton: Princeton University Press, 2003).

5 Para nuevos desarrollos en enfoques transnacionales de la historia de la masculinidad, ver “Männerdomänen? World History trifft Männergeschichte—das Beispiel der Lateinamerikastudien”, *Historische Anthropologie*, noviembre de 2008.

tura” apuntó a descubrir las instituciones, formaciones, tradiciones, etcétera, que hacían que una nación fuese singular, es decir que fuese una nación. Lo que hizo el giro cultural fue pedirnos que hiciéramos de esas categorías mismas el objeto de la crítica. Preguntarnos *qué significa* políticamente el concepto mismo de “nación”, “ciudadano”, “familia”, “hombre” o “mujer”. No dimos esas categorías por sentadas, sino que las abrimos para saber cómo estaban construidas y qué propósitos servían en términos de relaciones de poder más amplias.⁶

Un efecto inmediato de este giro cultural fue revelar las grandes similitudes existentes entre las cuasi sagradas “tradiciones nacionales”, las cuales se suponía eran muy diferentes. Por ejemplo, en un escrutinio más cercano, resultó que la República Francesa, de México o de Estados Unidos compartían el liberalismo republicano que constituyó el concepto de “ciudadano libre”, y que éste tenía más similitudes que diferencias en uno y otro lado: todos esos países imaginaron al ciudadano como miembro de una elite, como un propietario, como un hombre casado con responsabilidades hacia una esposa dependiente, hijos y sirvientes. El patriarcado, la propiedad y el privilegio racial fueron integrales al nacimiento de todas las naciones. Si los latinoamericanos y los norteamericanos resolvieron el tema de la esclavitud de maneras diferentes, en ambas sociedades la “negritud” fue identificada con perversión y atraso.

La investigación arrojó otros paralelos. Cualquiera que haya estudiado historias comparativas de los movimientos de la clase obrera y de los movimientos de las mujeres sabe que las ideas anarquistas y feministas surgieron en Nueva York y en Buenos Aires, en Ciudad de México y en La Habana, aproximadamente al mismo tiempo.

En suma, el giro cultural ayudó a revelar justamente cuántas supuestas “formaciones nacionales” únicas habían sido el producto de profundos procesos transnacionales. En todo el hemisferio occidental vemos una serie de patrones compartidos: imperios indígenas usurpados por la conquista y la colonización europeas, esclavitud e inmigración de masas, revoluciones basadas en la Ilustración: liberalismo, socialismo, fascismo, feminismo, catolicismo, judaísmo, protestantismo. Ninguno de estos “ismos” está limitado a una sola experiencia nacional. Las naciones modernas tienen sólo doscien-

6 Joan Wallach Scott, *Gender and the Politics of History* (Nueva York: Columbia University Press, 1988); Lynn Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley: University California Press, 1989); Fredric Jameson, *Postmodernism, or The Cultural Logic of Late Capitalism* (Durham: Duke University Press, 1991); Néstor García Canclini, *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad* (México: Grijalbo, 1990); y George Yúdice, *The Expediency of Culture: Uses of Culture in the Global Era* (Durham: Duke University Press, 2001).

tos años de edad. Así, la mayor parte del pasado cronológico no ocurrió ni siquiera bajo la rúbrica de la nación. Pero incluso aquellas fuerzas que moldean la experiencia nacional han sido profundamente globales o hemisféricas en alcance.

Esto no quiere decir que “todos nosotros compartimos una misma historia” o que la historia nacional está *pasada de moda*. La esclavitud *sí* funcionó diferente en Brasil que en Chile. La revolución mexicana y la cubana sucedieron *allí*, no *aquí*, y esto también importa. Las naciones son reales, incluso aunque sean imaginadas, como dice Benedict Anderson.⁷ La óptica transnacional no nos urge a abandonar la historia nacional, sino a considerar cómo ella está configurada a través de procesos transnacionales que también la integran. Esto es muy diferente a decir que hay “influencia extranjera” que forma la nación. También es diferente a la historia comparativa y su atención a contrastes y similitudes entre distintas naciones ya formadas. Una óptica transnacional propone ver la nación de Chile (o de Estados Unidos o cualquier otra) como siempre producida e integrada por dinámicas globales o entre-fronteras.⁸

Una tercera y más temprana contribución al giro transnacional proviene de los estudios de áreas.⁹ Quiero discutir este punto en más detalle. Los estudios de área son programas de enseñanza e investigación académica organizados en torno a una región específica: estudios latinoamericanos, estudios de Asia, estudios de África. En Estados Unidos, también hay estudios “americanos” que proponen a Estados Unidos como una “región” (la única nación que tiene su propia región, y que toma la palabra “americano” para sí misma).

Los estudios de área son una tradición muy importante porque desde *hace mucho tiempo* han considerado la historia y la política más allá de las fronteras de una sola nación. Se ha explorado cómo América Latina, en tanto región, interactúa con el resto del mundo: en términos de desarrollo capitalista y comercio mundial, de historias del imperio europeo, de historias del imperialismo de

7 Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* (Londres: Verso, 1986).

8 Heidi Tinsman y Sandhya Shukla, “The Americas as an Interdisciplinary Object”, *LASA Forum*, 35: 3, 17-19.

9 Sobre transformaciones en los estudios de área, ver Tinsman y Shukla, “Across the America”, Masao Miyoshi y H. D. Harootunian (eds.), *Learning Places: The Afterlives of Area Studies* (Durham: Duke University Press, 2002); David L. Szanton (ed.), *The Politics of Knowledge: Area Studies and the Disciplines* (Berkeley y Londres: University of California Press, 2004); Thomas Bender (ed.), *Rethinking American History in a Global Age* (Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 2002).

Estados Unidos, de debates sobre el desarrollo y el subdesarrollo.¹⁰ Todas estas historias anticiparon el giro transnacional al invocar una entidad, “la región de América Latina”, y al considerar cómo ésta se sitúa dentro de una historia global.

Otra tradición importante de los estudios latinoamericanos es su énfasis en la comparación: tomar las historias nacionales, digamos, de México y Chile, y sentándolas lado a lado, compararlas. ¿Por qué México tenía una revolución y Chile no? ¿Qué comparten los regímenes militares del Cono Sur y qué los diferencia? Aunque todavía toma “la nación” como algo ya dado, el énfasis comparativo ha sido importante por trabajar la historia más allá de una sola nación.

El campo académico de los estudios latinoamericanos comenzó en los años cincuenta como producto de la Guerra Fría. Empezaron *dentro* de Estados Unidos con un enorme financiamiento del gobierno de Washington. Esto también ocurrió con otros estudios de área (de Asia, de África, etcétera). Después de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos buscó establecer programas que “estudiaran” y “conocieran” las varias partes del mundo en las cuales Estados Unidos pretendía ejercer su liderazgo o dominación. Los estudios latinoamericanos procuraron evaluar la “capacidad” (*fitness*) de los “países en desarrollo” para la democracia capitalista, o al menos para la conformidad militar. Aspiraban también a ayudar a que América Latina “se desarrollara” de una manera que la inmunizara contra el comunismo. En Estados Unidos, entonces, todos los grandes programas de estudios latinoamericanos comenzaron con un gran financiamiento del Departamento de Estado (en las universidades de California, Wisconsin, Texas, Yale, Nueva York, Chicago). Igualmente, aquí, en América Latina, todas las becas Fulbright y los presupuestos de la FLACSO, la CEPAL y otras ONG tuvieron financiamiento importante de Estados Unidos, algo que comenzó con la Alianza para el Progreso y que se extiende hasta hoy a través de las

10 Especialmente las historias precolombina y colonial de América Latina se prestan para el estudio de las dinámicas transnacionales entre Europa y América. Ver por ejemplo Steve J. Stern, *Peru's Indian Peoples and the Challenge of the Spanish Conquest: Huamanga to 1640*, (Madison: University of Wisconsin Press, 1982); Tzvetan Todorov, *The Conquest of America: The Question of the Other* (Nueva York: Harper Perennial, 1984); Inga Clendinnen, *Ambivalent Conquests: Maya and Spanish in Yucatán, 1517-1570* (Cambridge: Cambridge University Press, 1987) y *Aztecs: An Interpretation* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993); Irene Silverblatt, *Moon, Sun, and Witches: Gender Ideologies and Class in Inca and Spanish Peru* (New Jersey, Princeton University Press, 1987); Asunción Lavrin (ed.), *Sexuality and Marriage in Colonial Latin America* (Lincoln: University of Nebraska Press, 1989); James Lockhart, *Nahuas and Spaniards: Postconquest Mexican History and Philology* (Stanford: Stanford University Press, y Los Angeles: UCLA Latin American Center, 1991); Patricia Seed, *Ceremonies of Possession in Europe's Conquest of the New World* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995); Richard C. Trexler, *Sex and Conquest: Gendered Power, Political Order, and European Conquest of the Americas* (Ithaca: Cornell University Press, 1995); Peter Sigal, *From Moon Goddesses to Virgins: The Colonization of Yucatecan Maya Sexual Desire* (Austin: University of Texas Press, 2000); y Peter Sigal (ed.), *Infamous Desire: Male Homosexuality in Colonial Latin America* (Chicago: Chicago University Press, 2003).

Naciones Unidas. Los estudios latinoamericanos eran y son, en este sentido, realmente una “invención” de Estados Unidos y un producto de su misión en la Guerra Fría.

Por supuesto, esto no significa que los estudios latinoamericanos hayan sido un simple instrumento del imperio norteamericano. La mayoría de los norteamericanos y los latinoamericanos que han hecho estudios latinoamericanos no se han visto a sí mismos como agentes del Departamento de Estado ni de la CIA. Por el contrario, los estudios latinoamericanos fueron un fuerte polo de debate y producción en una amplia gama de conocimientos. Dentro del propio Estados Unidos, los voceros de la Guerra Fría se enfrentaron a los liberales reformistas, y ambos se opusieron a la crítica de la izquierda que denunciaba las acciones norteamericanas en América Latina como imperialistas o antidemocráticas. Dentro de la propia América Latina, los estudios latinoamericanos dieron respaldo conceptual y financiero a la teoría de la dependencia y a su acusación respecto al sistemático subdesarrollo de América Latina como una “culpa” del mundo desarrollado;¹¹ o bien, tras la Revolución cubana, a la identificación de América Latina con el tercermundismo y el Movimiento de Países No Alineados.

En América Latina y en Estados Unidos, las disciplinas de la historia y de las ciencias sociales han servido como “campos de prueba” vitales para los argumentos sobre los orígenes de la violencia política en América Latina, el desarrollo desigual y las revoluciones utópicas. Con frecuencia los estudios latinoamericanos han llegado a ser un campo desproporcionadamente crítico de la intervención de Estados Unidos y de los legados del colonialismo europeo. A menudo, esas narrativas han sido implícitamente transnacionales: han tomado como su sujeto el estudio del impacto de Europa o de Estados Unidos en América Latina. Pienso, por ejemplo, en las historias de la Conquista y la Colonia; en los estudios sobre bienes globales,¹² como el café y el azúcar, el

11 Fernando Henrique Cardoso, *Dependencia y desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1969); André Gunder Frank, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America* (Nueva York: Monthly Review Press, 1967); Osvaldo Sunkel, *Subdesarrollo latinoamericano* (Ciudad de México: Siglo XXI, 1973).

12 Desde hace mucho tiempo las historias de las mercaderías y las fuerzas laborales han considerado las dinámicas entre Estados Unidos y América Latina. Algunos ejemplos: Barbara Weinstein, *The Amazon Rubber Boom, 1850-1920* (Stanford: Stanford University Press, 1983); Sidney Mintz, *Sweetness and Power: The Place of Sugar in Modern History* (Nueva York: Penguin, 1985); Thomas Miller Klubock, *Contested Communities: Class, Gender and Politics in Chile's El Teniente Copper Mine, 1904-1951* (Durham: Duke University Press, 1998); Steven C. Topik y Allen Wells (eds.), *The Second Conquest of Latin America: Coffee, Henequen, and Oil During the Export Boom, 1850-1930* (Austin: University of Texas Press, 1998); Aviva Chomsky, *West Indian Workers and the United Fruit Company, 1870-1940* (Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1996); y Jonathan Brown, *Oil and Revolution in Mexico* (Berkeley: University of California Press, 1992).

petróleo mexicano o el cobre chileno; y también en las historias de la política exterior.¹³ Los estudios latinoamericanos situaron los debates sobre violencia y desigualdad en términos de la economía global y del escenario político de la Guerra Fría. Se explicó la pobreza de Brasil no simplemente como algo endémico a los problemas nacionales de ese país, sino como un legado del colonialismo y la esclavitud.¹⁴ Los regímenes militares del Cono Sur fueron entendidos como un resultado de la lucha global contra el comunismo, y no simplemente como dinámicas domésticas al interior de Chile, Argentina o Uruguay.¹⁵ Así, por largo tiempo, los estudios latinoamericanos entendieron que éstos eran fenómenos conectados, no la “historia en un solo país”.¹⁶

Pero los estudios latinoamericanos siempre tuvieron limitaciones epistemológicas. Para comenzar, a veces fue difícil explicar las bases de inclusión. ¿Qué es lo que hacía que un país fuera latinoamericano? ¿Se podría considerar realmente a Chile y Guatemala como parte de lo mismo, y sobre qué bases? Brasil siempre encajó incómodamente con el resto de la América española. Siempre fue “la excepción” y pocos académicos podían leer y escribir portugués y español con la misma facilidad. ¿Qué pasa con Haití, Jamaica y Trinidad? ¿Eran latinoamericanos? ¿Ser latinoamericano significaba haber sido colonizado por Portugal o España? Bueno, ¿entonces no eran las Filipinas parte de América Latina?

Otro problema con los estudios latinoamericanos fue que reforzaban la idea de que había una cosa como “la experiencia latinoamericana”, que era

13 Sobre historias del imperialismo y, en particular, del imperialismo norteamericano en América Latina, ver Walter LaFeber, *Inevitable Revolutions: The United States in Central America* (Nueva York: W. W. Norton, 1984); James Cockcroft, *Neighbors in Turmoil: U. S. Policy in Latin America* (Nueva York: Harper and Row, 1989); y Gilbert Joseph, Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore (eds.), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of US-Latin American Relations* (Durham: Duke University Press, 1998).

14 Stanley J. Stein y Barbara H. Stein, *The Colonial Heritage of Latin America* (Londres: Oxford University Press, 1970).

15 James Cockcroft, *Neighbors in Turmoil: U. S. Policy in Latin America* (Nueva York: Harper and Row, 1989).

16 Otros excelentes ejemplos de estudios latinoamericanos que adoptan el enfoque transnacional: Nancy Stepan, *The Hour of Eugenics: Race, Gender, and Nation in Latin America* (Ithaca: Cornell University Press, 1991); Emilia Viotti da Costa, *Crowns of Glory, Tears of Blood: The Demerara Slave Rebellion of 1823* (Nueva York: Oxford University Press, 1994); Ana María Alonso, *Thread of Blood: Colonialism, Revolution, and Gender on Mexico's Northern Frontier* (Tucson: University of Arizona Press, 1995); Florencia Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Post-Colonial Mexico and Peru* (Berkeley: University of California Press, 1995); Jaime Rodríguez O., *The Independence of Spanish America* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998); Lara Putnam, *The Company They Kept: Migrants and the Politics of Gender in Caribbean Costa Rica, 1870-1960* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002); y Nancy P. Appelbaum, Anne S. Macpherson y Karin Roseblatt (eds.), *Race and Nation in Modern Latin America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003).

categoricamente *distinta* de la de otras regiones, y especialmente distinta de la “experiencia de Estados Unidos y Europa”. Los estudios latinoamericanos funcionaron para explicar la “otredad” latinoamericana (la condición del Otro), su diferencia inherente, su fracaso implícito al intentar replicar los modelos europeos y norteamericano. Dentro de la academia norteamericana, por lo menos, los estudios latinoamericanos trataban a América Latina como “no occidental” o “no lo suficientemente occidental”. En fin, los estudios de área trazaron *diferencias esenciales* entre regiones y produjeron dicotomías de desarrollo versus subdesarrollo, Primer Mundo versus Tercer Mundo, occidental versus no occidental. Esto fue especialmente problemático para América Latina, pues básicamente se devaluaban los vínculos originarios profundos de ésta con el continente europeo. Así se logró lo que tres siglos de reforma protestante nunca pudieron: definir a España y Portugal como la “Europa ilegítima”.

El fin de la Guerra Fría y nuestra actual discusión sobre la “globalización” han tenido un efecto liberador sobre los estudios de área. Nos han permitido repensar las “regiones” tradicionales y no dar por hecho sus historias compartidas. La finalidad no es declarar las diferencias históricas como irrelevantes (o buscar simplemente las cosas en común), sino enfatizar cómo las diferencias son creadas a través de procesos no nacionales, transregionales, globales, que cortan a través de las Américas. Con los instrumentos del “giro cultural” podemos ahora preguntar hasta qué punto el concepto de América Latina o Europa son categorías ideológicas y políticas, en vez de haber sido derivadas de la geografía o dadas por un poder colonial. Los estudios de área no están desapareciendo, pero se están haciendo más fluidos y transregionales.

A manera de ejemplo, ahora quiero discutir tres libros, cada uno de los cuales modela un proyecto transnacional (o transregional) sobre América Latina.

Parto con Walter D. Mignolo, *Local Histories/Global Designs: Coloniality, Subaltern Knowledges, and Border Thinking* (2000). Mignolo es un crítico literario que estudia las primeras literaturas modernas de Europa y de las Américas. Plantea que el colonialismo de los siglos XVI y XVII en las Américas constituyó la génesis de la modernidad occidental. El descubrimiento de un Nuevo Mundo y su colonización *hacen* a Europa (sobre todo a España) *moderna*. Las Américas permitieron la creación de una economía capitalista global, dominada por España. Permitieron también la concepción de un proyecto moderno universalista: el ideal de transformar a todos los pueblos indígenas americanos en súbditos, vasallos de la monarquía española. No obstante lo extremadamente explotador que fue *el verdadero* tratamiento de los pueblos indígenas, el proyecto ideológico de España en las Américas fue

teóricamente inclusivo: pretendía transformar a los indios en súbditos de su propio reino. Mignolo argumenta que las Américas fueron imaginadas como la extensión de Europa en vez de un lugar de otredad radical. Las Américas no fueron un proyecto orientalista, en el sentido que señaló Edward Said. No fueron para España lo que India sería para Gran Bretaña en el siglo XIX (Gran Bretaña nunca pretendió hacer de los indios verdaderos ingleses ni convertirlos a la fe anglicana: India fue el lugar del Otro). América, explica Mignolo, fue la Utopía de España, en donde la primera modernidad europea fue imaginada y hecha.

Su interés, más bien, es revertir la idea de que la modernidad fue algo que comenzó en Europa (Europa del norte en particular) y que se filtró en una forma adulterada a las Américas no modernas, llegando en una forma subdesarrollada, atrasada, a América Latina. Mignolo señala que todos los sistemas de explotación, tan fundamentales para América Latina, también producen la modernidad: el trabajo forzado de los indígenas, la esclavitud africana, el sistema de castas, etcétera. Esa explotación y desigualdad *son parte* de lo moderno, no son los “sistemas subdesarrollados” que esperan ser eliminados por la *verdadera* modernización¹⁷ (ésta es un idea bastante endeudada con los dependentistas latinoamericanos).

Mignolo plantea que es solamente con la formación de las repúblicas nacionales en el siglo XIX que “América Latina” llega a habitar una posición más ambigua *vis-à-vis* “lo moderno”. El imperio ibérico colapsa con la invasión de Napoleón: de pronto el lugar de América Latina en Occidente es inseguro. Pero incluso entonces, dice Mignolo, las nuevas repúblicas de América Latina no son vistas por Europa como el “Otro oriental”. Más bien, las repúblicas de América Latina son vistas como las “hijastras” o las “primas” malformadas de sus parientes anglófonos del norte: Estados Unidos y Canadá, hijos (legítimos) del nuevo poder mundial, Gran Bretaña.

Este tipo de proyecto transnacional se mueve a través de las historias y literaturas de España, México, Perú, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Se mueve a través de varios campos de estudios de área. Se niega a considerar las “lenguas romances” (español y portugués) como una categoría separada de las “lenguas continentales” (francés y alemán, o inglés). Nos ofrece una perspectiva diferente: América Latina al centro, no en la periferia, de la modernidad.

17 Otros libros importantes que usan el enfoque transnacional para desafiar la idea según la cual la modernidad fluyó de arriba a abajo, de Europa a sus Otros, son Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness* (Cambridge: Harvard University Press, 1993); y Dipesh Chakrabarty, *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference* (Princeton: Princeton University Press, 2000).

Por supuesto que hay otra gente que ha trabajado esta idea, no la inventó Walter Mignolo. Pero destaco su libro como ejemplo de lo que nos puede ofrecer una óptica transnacional (y transregional).

Un segundo libro, muy diferente, que hace un tipo de trabajo similar, es *La gran divergencia: Europa, China y la formación de la economía mundial moderna*, de Kenneth Pomeranz. Éste es un trabajo de economía política, escrito en la gran tradición de la historia del capitalismo. Pomeranz está formado como un historiador económico de China, no de América Latina. Está interesado en reformular el famoso concepto de los “sistemas mundiales” establecidos por Immanuel Wallerstein, una idea que proponía que desde el siglo XVI el mundo moderno ha consistido en “núcleos metropolitanos” que sistemáticamente explotan a los “núcleos periféricos”¹⁸ (esta idea, también, les debe mucho a los dependentistas latinoamericanos). Las ideas de Wallerstein son muy matizadas, pero al final igual reproduce la idea de que el motor central del capitalismo está en Europa, fluyendo hacia fuera y usando al resto del mundo como materia primera. Pomeranz quiere dar vuelta (o invertir) esta idea del “Occidente versus el resto”.¹⁹

Pomeranz argumenta además que las Américas (especialmente América Latina) fueron centrales en el desarrollo de la economía mundial. La esclavitud en Brasil y en el Caribe inglés permitió una acumulación crucial de capital y de recursos naturales necesaria para la industrialización. Pero Pomeranz afirma que China también jugó un papel clave. La plata que venía de las minas de México y de Perú iba a China a cambio de seda, y la seda fue a las elites europeas y a unas pocas elites americanas. China permitió a España trocar la plata en mercaderías y acumular riqueza. Los mercados europeos fueron saturados rápidamente por la plata proveniente del Nuevo Mundo. Sin la sed de China por la plata, el valor de la plata habría colapsado.

Pomeranz señala asimismo que nunca fue inevitable que Inglaterra tuviera una revolución industrial y no China (o incluso España). España era el país

18 Immanuel Wallerstein, *The Modern World System* (Nueva York: Academic Press, 1974).

19 El libro de Pomeranz envuelve largos debates que tienen lugar en el campo de la historia mundial, en sí misma una forma académica transnacional. Ver por ejemplo Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History* (Berkeley: University of California Press, 1982); Fernand Braudel, *The Wheels of Commerce* (Nueva York: Harper and Row, 1982); Frederick Cooper et al., *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America* (Madison: University of Wisconsin Press, 1993); y Roy Bin Wong, *China Transformed: Historical Change and the Limits of European Experience* (Ithaca: Cornell University Press, 1997). Para una reseña extremadamente útil de este campo de estudios, ver Patrick Manning, *Navigating World History. Historians Create a Global Past* (Nueva York: Palgrave Macmillan, 2003).

más rico; China, el más grande y, también, sumamente rico. Es la propia pobreza en recursos naturales y la sobrepoblación de Inglaterra la que estimula a ésta a la conquista de nuevas tierras en las Américas y a instaurar plantaciones verdaderamente capitalistas.

En conjunto, el libro de Pomeranz ubica a China en una posición central en la historia de las Américas, y a la una y a las otras en la historia de la génesis del capitalismo mundial. Desafía la teleología que postula que el capitalismo inevitablemente comenzó en “Europa”, como algo distintivo de Inglaterra o de un peculiar genio europeo, excluyendo al Este del proceso.

Hay una cantidad asombrosa de trabajo histórico por hacer sobre las conexiones de América Latina con China y otras partes de Asia. Grupos masivos de trabajadores chinos y japoneses terminaron en los siglos XVIII y XIX en México, Perú, Chile y Cuba: trabajaban en el guano y el salitre, construyeron ferrocarriles, cortaron caña de azúcar. Pero la conexión con Asia es incluso muy anterior. De alguna manera China fue el socio comercial más importante de Hispanoamérica durante la era colonial. Los estudios de área cometieron un verdadero crimen al establecer la historia de América Latina como algo completamente separado de la historia de Asia. Nuevas formulaciones regionales, como los estudios de la Cuenca del Pacífico, que consideran las regiones que bordean el océano Pacífico como una arena transnacional de comercio y flujo cultural, ofrecen alguna esperanza futura.

De modo interesante, precisamente en 2007, en el mismo momento en que Michelle Bachelet estaba haciendo la primera visita oficial de Chile a China, un académico norteamericano, historiador de Chile –Peter Winn, de la Tufts University– fue invitado por la Universidad de Shanghai para ofrecer el primer seminario de doctorado en historia latinoamericana a estudiantes chinos (en inglés). Peter Winn es el autor de una historia muy importante de los años de la Unidad Popular, *Tejedores de la revolución* (2004), y editor de otro libro aún no traducido sobre trabajadores y neoliberalismo durante el régimen militar: *Victims of the Miracle? Workers and Neoliberalism in the Pinochet Era, 1973-2002* (2006). Pero él asignó el libro de Pomeranz, *La gran divergencia*, como el texto clave para que los estudiantes chinos entendieran a América Latina. Hay muchas complejidades globales que considerar aquí. ¿Por qué un gringo que habla inglés fue escogido para encabezar el primer seminario doctoral chino sobre Latinoamérica y no un latinoamericano? ¿Por qué un especialista en Chile y no en Brasil? ¿Por qué un texto de un historiador de China y no un libro de un “verdadero” latinoamericanista? Yo espero que la Universidad Diego Portales comience pronto un programa de chino

mandarín. Asia es el futuro de los estudios latinoamericanos, así como del comercio chileno.

El último libro que quiero discutir es un libro mío, coeditado con mi colega Sandhya Shukla, que apareció en 2007: *Imagining Our Americas: Toward a Transnational Frame*. Este libro propone que pensar en “las Américas” es un camino importante para hacer estudios transnacionales. Nosotras discutimos “las Américas” como un paradigma metodológico que abarca la división tradicional entre los estudios norteamericanos y los estudios latinoamericanos. Proponemos también repensar el lugar de Canadá, el Caribe, Hawaii y las Filipinas como parte de “las Américas”.

Alentamos transformaciones de los estudios de área en vez de abandonarlos. Los estudios latinoamericanos y los estudios norteamericanos tienen cada uno diferentes fortalezas y enfoques analíticos. Por ejemplo, dentro de los estudios norteamericanos, especialmente dentro de estudios culturales, hay una larga tradición por investigar la “diferencia” (de género, de raza, de sexualidad, etcétera), así como una larga tradición de ver la cultura como algo central en la política. Esto viene del impacto de los estudios de mujeres y los estudios étnicos que surgieron en Estados Unidos de los movimientos sociales de los años sesenta. En contraste, los estudios latinoamericanos han tenido una tradición mucho más fuerte de pensar a través de temas del imperio, la formación del Estado, la institucionalidad y la economía global. Desde largo tiempo, los estudios latinoamericanos han estado preocupados por la modernización. Mantuvieron un enfoque fuertemente materialista incluso a través del giro cultural. Estas mismas diferencias entre estudios norteamericanos y estudios latinoamericanos son el producto de las políticas de la Guerra Fría y de las diferentes preguntas hechas dentro de las regiones y sobre ellas mismas. Pero los estudios norteamericanos y los estudios latinoamericanos tienen mucho que aprender uno del otro, y considerar “las Américas” como un sitio de investigación interdisciplinaria genera nuevas preguntas y paradigmas.

Planteamos que lo que un paradigma de las Américas debería examinar son los procesos de diálogo, vinculación, conflicto, dominación o resistencia que tienen lugar a través de las naciones y de las fronteras regionales. El enfoque debería centrarse en las problemáticas históricas compartidas, en vez de la geografía compartida, el idioma o el poder colonizador, que es como los estudios de área están organizados ahora.

Por ejemplo, un paradigma de las Américas nos permitiría mirar los temas del imperio y de la dominación geopolítica de manera diferente. Hay una larga tradición en los estudios latinoamericanos de examinar el impacto de

Europa o de Estados Unidos *sobre* América Latina. Pero también *podemos revertir la mirada* y preguntar sobre el impacto de América Latina *dentro* de Estados Unidos.

El reciente libro del historiador chileno Iván Jaksic *Ven conmigo a la España lejana: los intelectuales norteamericanos ante el mundo hispano, 1820-1880* (2007) es un buen ejemplo de esto. Examina los trabajos de varios prominentes escritores norteamericanos del siglo XIX cuyas ideas han sido fundamentalmente influidas por tradiciones hispánicas y latinoamericanas (intelectuales como Washington Irving o Henry Wadsworth Longfellow). Todos son grandes pensadores del carácter norteamericano. Todos ellos también escribieron sobre el “mundo hispánico” como un punto de referencia, admiración, demonización o diferenciación de lo que ellos imaginaban que era Estados Unidos. O sea, definían el carácter norteamericano contra, y a través de, un diálogo con lo que imaginaban era el carácter hispano. Otros historiadores, en sentido inverso, ya habían escrito elocuentemente sobre cómo los latinoamericanos vieron las tradiciones norteamericanas y cómo se las apropiaron. Pero el trabajo de Jaksic propone que lo opuesto es también verdadero. Las fantasías de Estados Unidos sobre América Latina y sobre lo hispánico fueron fundamentales para el imaginario norteamericano.

De una manera más bien diferente, yo también intento “revertir la mirada tradicional norte a sur” en mi propia investigación que realizo actualmente sobre la fruticultura chilena y el consumo durante la Guerra Fría.²⁰ Planteo que los empresarios chilenos juegan un rol muy importante dentro de Estados Unidos en la creación de nuevas ideas en la cultura norteamericana sobre el alimento fresco, la comida saludable, el cuerpo sano y sexy. Ellos apuntan hacia las mujeres norteamericanas con ideas sobre dietas, y se alinean con las ideas de los hippies y vegetarianos sobre comer menos carne. Los empresarios chilenos han ayudado a modelar la cultura de consumo de Estados Unidos. También planteo que, dentro de Chile, los trabajadores de la fruta se volvieron consumidores de bienes globales de maneras muy sorprendentes (el consumo de los trabajadores no es solamente reaccionario). Estoy interesada en revertir la forma tradicional de pensar sobre el impacto de las empresas extranjeras en América Latina. En lugar de la república bananera controlada por Estados Unidos en Guatemala o de la Kennecott Copper Company en Chile, en el caso de la industria chilena de la fruta vemos a los latinoamericanos mo-

20 Heidi Tinsman, “¿Comprándole al régimen? Uvas, género y consumo durante la Guerra Fría en Estados Unidos y Chile”. Conferencia en el seminario “Nuevas tendencias en la historiografía latinoamericana: desde la historia de género al giro transnacional”. Escuela de Historia, Universidad Diego Portales, Santiago, 5 de noviembre de 2008.

delando activamente a la sociedad norteamericana. Igualmente, me interesa invertir la mirada de “quién es el consumidor”, considerando no solamente a los norteamericanos como recipientes de productos chilenos, sino también a los trabajadores chilenos como consumidores en el mundo globalizado. No estoy sugiriendo que el paradigma del imperialismo esté *pasado de moda*: estoy sugiriendo que un paradigma de las Américas puede hacerlo más complejo.

Mejor aun, un proyecto de las Américas nos permitirá ir más allá del binario norte/sur, sur/norte. Nos invita a repensar dónde están el centro y la periferia. Por ejemplo, ¿cómo contamos la historia de la Revolución francesa si ponemos a Haití al centro en vez de en la periferia? La Revolución haitiana del siglo XVIII fue, de hecho, uno de los episodios de la Revolución francesa que más impactaría en la cultura política de América Latina y Estados Unidos. Pero cuando los historiadores hablan sobre la influencia de la Revolución francesa en las nuevas repúblicas de América Latina, muchas veces ni siquiera mencionan a Haití. Sin embargo, la Revolución haitiana no sólo fue una extensión directa de los eventos y debates en Francia: fue *el evento* que más obsesionó a los líderes latinoamericanos (y norteamericanos) durante los siglos XVIII y XIX. Ellos conversaban constantemente sobre Haití: ¿por qué pasó?, ¿cómo evitar que sucediera algo así en el propio país? En las Américas resolvieron esa pregunta de diferentes maneras: en Brasil, Cuba y Estados Unidos, reforzando la esclavitud; en otras partes de América Latina, Canadá y el Caribe anglosajón, aboliéndola. Pero Haití impactó a todos. Saber que hasta la gente más oprimida podía hacer suya la idea de la libertad marcó por siglos la política de las Américas.

El punto es que una óptica transnacional nos invita a ver cuán profundamente puede cambiar una historia si la contamos desde un “centro” diferente. Un ejemplo más contemporáneo sería preguntar acerca del impacto transnacional, a lo largo de las Américas, de la Revolución cubana: un impacto sobre las diversas trayectorias de la izquierda, así como sobre el liberalismo, el conservadurismo y el militarismo. Uno podría fácilmente situar en un marco transnacional la narración del propio experimento de Chile con la reforma radical en los años sesenta y bajo la Unidad Popular. El ejemplo de Chile tuvo inmensas repercusiones a lo ancho de las Américas (en realidad en todo el mundo). Nunca fue solamente una historia sobre Chile.

Al observar las “historias nacionales” tradicionales desde un ángulo transnacional, bien podríamos obtener un entendimiento muy diferente de esas historias. Quiero compartir dos ejemplos más, tomados directamente del libro *Imagining our Americas: Toward a Transnational Frame*. Un ensayo muy interesante de Rachel Adams incluido allí, “Blackness Goes South: Race and Mestizaje in our America”, examina el lugar de la negritud en México. México

es un país donde el mito posrevolucionario del mestizaje y la raza cósmica forjado por aztecas y españoles ha negado por largo tiempo la presencia de África (y de Asia) dentro de la nación mexicana. Adams considera cómo, en el siglo XIX, muchos esclavos del sur de Estados Unidos buscaron su libertad huyendo hacia México. Ver América Latina como el lugar de la libertad de los esclavos negros invierte radicalmente la historiografía norteamericana. La mayoría de las historias de la resistencia esclava en Estados Unidos señala la libertad por el norte y el famoso “ferrocarril subterráneo” —o cadena de casas seguras— que escondía a los esclavos a través del noreste hasta Canadá. La “libertad” ha sido representada como un viaje hacia el norte (el norte protestante, dada la importancia de los misionarios protestantes en los movimientos abolicionistas). La idea de que la ruta de escape haya sido hacia el sur, hacia México, complica esta postura. No sólo porque México es un país católico, sino porque en la imaginación norteamericana México está considerado como una república bárbara. En 1848, Estados Unidos entra en guerra con México y toma el control de un tercio de su territorio (dos décadas antes del fin de la esclavitud en Estados Unidos). El Presidente de México en aquellos años, el general Antonio López de Santa Anna, ha sido descrito en la historia de Estados Unidos como un déspota depravado. Pero no sólo muchos esclavos negros de Estados Unidos encontraron en México el lugar de la libertad, sino que también se unieron con mucho entusiasmo a Santa Anna para pelear contra el ejército norteamericano. Así, este proyecto conecta la esclavitud de Estados Unidos con el comienzo de su imperio en América Latina y propone que “la solidaridad y la resistencia” a la esclavitud vinieron del sur latino y no simplemente del norte anglo-abolicionista.

En el mismo libro, otro ejemplo de estudio transnacional de las Américas lo ofrece John Blanco, “Bastards of the Unfinished Revolution”, texto sobre los escritos de dos apasionados críticos del colonialismo español: José Martí en Cuba y José Rizal en las Filipinas. (Recordemos que Cuba y las Filipinas eran colonias españolas hasta que España las perdió frente a Estados Unidos en la guerra de 1898). Fue José Martí quien hizo famosa la frase “nuestra América” en un vehemente ensayo sobre cómo la liberación cubana necesitaba que los negros, los blancos y los indígenas se juntaran como hermanos porque en “nuestra América no puede haber animosidad racial porque no hay razas”. Fue también José Martí quien propuso que todas las repúblicas de América Latina se unieran para defenderse de los designios imperiales de Estados Unidos. Martí anticipa la fuerte presencia que tendrá Estados Unidos en América Latina a través del siglo XX. Su formulación de “nuestra América” excluye explícitamente a Estados Unidos.

José Martí y José Rizal escribieron en la misma época. Ambos fueron entusiastas defensores de la liberación nacional. Ambos murieron combatiendo a España: Martí en batalla, Rizal frente a un pelotón de fusilamiento. Hoy día, los dos son vistos como padres fundadores de sus naciones. Pero estos hombres tenían ideas muy diferentes sobre la raza y el liderazgo político. Rizal, un filipino de ancestro indígena, escribe todas sus obras (novelas) en español y está bien integrado en la sociedad hispano-criolla de Manila. Es mucho más escéptico que Martí sobre la viabilidad de la democracia racial. Rizal miraba más hacia Simón Bolívar como modelo. Bolívar, al final, apoyaba la abolición de la esclavitud y de la servidumbre indígena para todos aquellos que sirvieran en el ejército republicano. Pero también creía en una estricta jerarquía social de los criollos sobre los mestizos, negros e indios. Para Bolívar, el liderazgo criollo era absolutamente fundamental para la formación de la nación. José Rizal está de acuerdo. Él imagina a las masas de indígenas filipinos (que son campesinos y no hablan español) como necesariamente lideradas por criollos o por filipinos asimilados, como él mismo, en cualquier nueva nación filipina independiente.

José Martí, en cambio, rechaza este parte del legado bolivariano. Critica a las elites criollas cubanas como traidoras afeminadas que carecen del vigor masculino para rebelarse contra España. Su mensaje de fraternidad no racial imagina una Cuba en donde la raza no tendrá ningún significado. Es importante señalar que el radicalismo de Martí está muy influido por el hecho de que él vivió muchos años exiliado en Estados Unidos, en el barrio de Harlem, en Nueva York, entre intelectuales negros que estaban luchando por la igualdad racial y criticando el racismo de ese país. El racismo norteamericano horrorizó a Martí y quedó asombrado al descubrir que los criollos cubanos como él no eran considerados “blancos” en absoluto.

Un proyecto como éste hace varias cosas: convierte a las Filipinas en parte de América Latina (Rizal es más bolivariano que Martí) y enfatiza que los discursos anticoloniales y nacionalistas son producidos transnacionalmente. Martí y Rizal nunca se encontraron, pero conocieron los escritos de cada uno y escribieron contra el mismo amo colonial. Rizal es identificado con el legado transnacional de Bolívar. Martí es influido por las ideas de los intelectuales negros del Harlem de Nueva York. El imperio español conecta a Cuba con las Filipinas, así como lo hará el control de ambas por parte de Estados Unidos después de 1898. En este proyecto, los debates sobre la nación aparecen como verdaderamente transnacionales: diálogos que cruzan las regiones de “América Latina”, “Estados Unidos”, las “islas del Pacífico” y el “Asia” de hoy en día.

Es importante enfatizar que cualquier estudio transnacional, incluyendo los que toman las Américas como punto de partida, no debiera ser concebido meramente como un asunto de mezclar y batir. Tampoco debieran ser estudios comparativos de *show and tell*, de mostrar y compartir diferentes “civilizaciones nacionales” (la experiencia de México es X, la experiencia de Francia es Y). Una de las cosas más radicales y emocionantes sobre los enfoques transnacionales es la manera en que las “áreas” convencionales como “América Latina”, “Asia”, “Estados Unidos de América” o “Europa” comienzan a verse muy diferentes cuando las historias son contadas rompiendo estas convenciones: cuando pensamos en Haití como productor del pensamiento de la Ilustración, en la temprana China moderna como fundacional de la economía latinoamericana, o en las Filipinas como parte de las Américas más que de Asia. La promesa del giro transnacional yace precisamente en su capacidad de reencuadrar cómo pensamos el “área” y de iluminar los procesos mismos que construyeron las áreas regionales desde sus comienzos.

Para concluir, quiero dejar bien en claro este último punto con un ejemplo propio. Este ejemplo viene de la sala de clases, de un curso bastante grande que enseñó sobre historia mundial (vale la pena subrayar que mucho trabajo transnacional se elabora primero en la sala de clases, donde siempre tenemos que hablar de conexiones). En la University of California Irvine, el giro transnacional ha sido más bien extremo. Varios años atrás, el Departamento de Historia abolió todos los cursos introductorios de estudios de áreas y los reemplazó por un curso de historia mundial. Uno puede todavía tomar cursos sobre América Latina o Asia o Europa en el nivel avanzado, pero ahora todos los estudiantes comienzan con la historia mundial. Cada profesor que enseña este curso lo hace desde una perspectiva diferente, según su área de especialidad. Cuando yo enseñé historia mundial, generalmente tengo entre trescientos y cuatrocientos estudiantes (una gran clase para un gran tópico). Siempre me esfuerzo por poner en el lugar central del relato global a América Latina, y también las relaciones de género.²¹

21 En Estados Unidos, la historia universal (mundial) es el campo de enseñanza más grande. La mayor parte del trabajo intelectual sobre paradigmas transnacionales se elabora primero en la sala de clases. Para una discusión de la historia mundial como campo de enseñanza, ver Judith P. Zinsser, “And Now for Something Completely Different: Gendering the World History Survey”, Ross E. Dunn, *The New World History: A Teacher’s Companion* (Boston: Bedford, 1999): 476-478, y “Women’s History, World History, and the Construction of New Narratives”, *Journal of Women’s History* 12/3 (2000): 196-206; Merry Wiesner-Hanks, “Women’s History and World History Courses”, *Radical History Review* 91 (2005): 133-150; y Ulrike Strasser y Heidi Tinsman, “Engendering World History”, *Radical History Review* 91 (2005): 151-165, y “Engendering World History: A Team-Taught Survey at the University of California, Irvine”, *World History Connected* 4/3 (2007), worldhistoryconnected.press.uiuc.edu

Por ejemplo, cuando enseño historia mundial moderna, entre 1800 y 2000, uno de los tópicos globales en que me concentro es el imperialismo y el nacionalismo del siglo XIX. En este siglo estuvo el apogeo de los imperios británico, francés y holandés. Fue también el apogeo de la revolución y la formación de repúblicas en las Américas y Europa. A través del globo, había una preocupación por construir naciones fuertes y razas nacionales.

Hago que los estudiantes examinen las vidas y los escritos de tres hombres famosos: el norteamericano Theodore Roosevelt, el británico Cecil Rhodes y el argentino Domingo Faustino Sarmiento.

Theodore Roosevelt fue Presidente de Estados Unidos entre 1901 y 1909. Pero se hizo especialmente famoso por su heroísmo militar en la guerra de 1898 contra España, cuando llevó su brigada de caballería, conocida como los Rough Riders, a la victoria en Cuba, plantando la bandera norteamericana en suelo cubano en la colina de San Juan. Roosevelt también defendió agresivamente la ocupación militar de Estados Unidos en las Filipinas, Hawaii y Puerto Rico. Como Presidente, inició la construcción del Canal de Panamá. También fue un gran admirador del Oeste norteamericano y defensor de la conservación. Como Presidente fundó el Sistema de Parques y Reservas Nacionales Norteamericano.

Cecil Rhodes era un famoso explorador y empresario en Rhodesia y Sudafrica, bajo control británico. Construyó muchas minas de diamantes, y en 1890 controlaba la suficiente tierra y mano de obra africanas como para dominar el 60% del comercio mundial de diamantes. Fue un defensor apasionado del imperio británico. Más tarde fundó las prestigiosas becas Rhodes para llevar a estudiantes de las colonias británicas y de las ex colonias como Estados Unidos a estudiar en Oxford y así promover los valores británicos correctos a través del mundo. Fue el imperialista británico icónico de fines del siglo XIX.

Domingo Faustino Sarmiento fue un destacado político y escritor argentino, además de Presidente de su país. Tenía una gran admiración por la forma de gobierno de Estados Unidos y era un apasionado defensor de la expansión de la educación. Fue también un fuerte defensor de la colonización argentina de la Pampa y de la erradicación de los atrasados indios, ya fuera por asimilación o por violencia directa. Sarmiento es el arquetipo del constructor de la nación latinoamericana y promotor del destino manifiesto en el sur.

Cuento estas historias una tras la otra, y hago que los estudiantes lean un ensayo escrito por cada uno de estos hombres. Les pido que piensen sobre las conexiones entre masculinidad, raza, nación e imperio.

Para Theodore Roosevelt, los estudiantes leen "The Strenuous Life" ("La vida vigorosa"), de 1899, un discurso de Roosevelt ante la armada norteamer-

ricana a favor de la ocupación militar de las Filipinas. Roosevelt reprende a los norteamericanos que temen tomar las Filipinas como colonia. Les reclama por “no estar dispuestos a jugarse como hombres”, “hombres tímidos”, flojos, hombres poco patriotas, hombres “sobrecivilizados” que habían perdido la gran virtud de luchar y saber mandar. Para Roosevelt, “la vida vigorosa” (o bien “la vida viril”) involucraba aventuras militares y el control de territorios lejanos.

Para Cecil Rhodes, los estudiantes leen “Confessions of Faith” (“Confesiones de la fe”), de 1877, una carta que Rhodes escribió en Oxford argumentando que Gran Bretaña tiene una misión particular, iluminar al mundo, pero que el carácter nacional británico está en peligro de volverse débil y satisfecho de sí mismo. Rhodes sostiene que es un deber moral británico tomar a África como colonia, no solamente para elevar a los pueblos atrasados, sino también para que África pueda servir como salida para los “inquietos” y “aventureros” hombres británicos, hombres ricos y educados, que si no tienen un lugar para poner sus energías se volverán amargados y atrofiados, flojos.

Para Sarmiento, leemos parte del libro *Facundo: civilización y barbarie en las Pampas argentinas* (1845), que anticipa la retórica de Charles Darwin en el *Origen de las especies* (1872) al argumentar que la construcción de la nación y el progreso involucra una lucha entre civilizaciones/razas. Junto con la defensa de la educación masiva, Sarmiento justifica, básicamente, la exterminación de los pueblos nativos de la Pampa y la Patagonia. Define la homogeneización racial, la educación y la ciencia como los pilares fundamentales de la civilización y la nación.

Un punto importante en esta lección (y una sorpresa para muchos estudiantes norteamericanos) es que los líderes latinoamericanos como Sarmiento, así como sus contrapartes británica y norteamericana, vinculan nociones de masculinidad moderna a proyectos de expansión territorial profundamente racistas. En el siglo XIX, América Latina es a la vez un sitio de intervención imperialista y un agresor militar por derecho propio. Theodore Roosevelt se hizo famoso al liderar los Rough Riders con el fin de someter a Cuba al control de Estados Unidos. La Argentina del siglo XIX es profundamente dependiente del capital británico. No obstante, Argentina toma la Patagonia y la Pampa en guerras que son muy similares a las guerras de Estados Unidos contra los sioux y los navajo en el Oeste norteamericano. De la misma manera, México tiene su propia y similar “guerra contra los indios” y toma el territorio de los apaches en “su norte”. Y, como sabemos, aquí, en Chile, en la Guerra del Pacífico, Chile toma el control de grandes espacios de Bolivia y Perú con el respaldo

británico, y tiene su propia conquista del sur. Viéndolo en este contexto, la América Latina del siglo XIX aparece como algo más complejo que un mero objeto de dominación extranjera.

Sin embargo, podemos notar también las diferencias entre los ideales masculinos de Roosevelt, Rhodes y Sarmiento. Para Roosevelt y Rhodes, una masculinidad vigorosa está unida a la aventura militar y a los logros de la conquista de la naturaleza o de las tierras habitadas por “primitivos”. Los dos hombres están profundamente inquietos por los peligros que representa una vida demasiado urbana o demasiado industrial en Nueva York o en Londres. Ambos están preocupados por lo que la industrialización hace sobre el carácter nacional. Ambos ven la activa participación en aventuras militares, cacerías y misiones de exploración como importantes formas de contrarrestar la urbanidad afeminada.

En su temprana vida política, Roosevelt fue ridiculizado en la prensa como un “dandy” o bien directamente como un homosexual. Roosevelt era hijo de una familia muy acomodada y fue a Harvard. Cuando era senador por Nueva York, se le apodó Oscar Wilde (por el famoso escritor irlandés juzgado y convicto por sodomía en Gran Bretaña). Un periódico de Nueva York se refirió a él como “el exquisito Mr. Roosevelt [...] que le da por chupar el mango de un bastón de marfil”.

Como reacción a esta sátira inspirada en Oscar Wilde, Roosevelt compró un rancho ganadero de cuarenta mil hectáreas en Dakota del Sur y comenzó peligrosas expediciones de cacería, posando con un rifle y una camisa de piel de ante que lo asociaban con las tradiciones conquistadoras del Oeste Salvaje. El nombre de su brigada de caballería a Cuba es los Rough Riders (los “vaqueros violentos”). Tales travesuras definían a los recios hombres del Oeste contra la noción de los hombres débiles, homosexuales, de la ciudad. Hombres que se acomodaban demasiado a los placeres de la civilización. Hombres que eran como Oscar Wilde. Más tarde, cuando es Presidente, Roosevelt crea los primeros Parques Nacionales para preservar sitios como Yellowstone y las Montañas de Sierra Nevada. Aquí, “conservación” no significaba simplemente salvar la naturaleza, sino salvar los *lugares vírgenes* en donde los hombres norteamericanos pudieran convertirse en hombres verdaderos.

Cecil Rhodes también habló directamente de las aventuras coloniales como un antídoto contra la homosexualidad. El “hombre del imperio” debe tener un arma en la mano y estar listo para aventuras y desafíos. Si se queda en Londres, se atrofia.

Ahora bien, para el argentino Sarmiento, las preocupaciones sobre la civilización son exactamente opuestas a las de Roosevelt y Rhodes. Para él, es *la ciudad* (especialmente Buenos Aires) la fuente de la civilización masculina, no la naturaleza salvaje. Sarmiento argumenta por *más* cultura y vida urbana (a través de las escuelas), no por más montoneras y aventuras militares entre las culturas primitivas. Si los indios de la Pampa tienen que ser eliminados, no será Sarmiento quien monte un caballo y dirija el ataque (no es un Rosas ni un Roca.) Sarmiento se refiere a los clásicos gauchos argentinos como afeminados y racialmente degenerados. Es el hombre recio y salvaje el que es débil y afeminado, no el urbano sofisticado.

Hay un pasaje interesante en *Facundo*, donde Sarmiento elogia a los inmigrantes alemanes en Argentina como modelos de civilización. A él le gustan sus jardinerías con flores, sus ordenados talleres *industriales* y sus limpios delantales. Para Sarmiento, los alemanes son un arquetipo de la civilización (como lo serán para los chilenos). En contraste, Cecil Rhodes también escribe sobre los alemanes, pero en un sentido muy negativo. Señala la fuerte inmigración de alemanes a Estados Unidos como una razón de la degeneración racial de ese país. Para Rhodes, lo alemán (y sin duda lo católico) contamina el protestantismo anglosajón.

Roosevelt, por otra parte, defiende la robustez de la masculinidad norteamericana, contrastándola con la “Europa afeminada”. Ve lugares como Inglaterra llena de dandies y hombres que no saben cómo mandar. Sarmiento, por su lado, admira a los hombres de Nueva York y Washington como la personificación de los ciudadanos cosmopolitas. Roosevelt y Rhodes ven a América Latina y África como primitivas y mestizas, “no aptas todavía” para gobernarse por sí mismas. Sarmiento, a pesar de toda su admiración por la cultura norteamericana, rechaza firmemente esa acusación. *Facundo* es, al final, una afirmación de que Argentina puede y debe progresar. Los latinoamericanos son capaces de gobernarse por sí mismos.

Estas masculinidades diferentes y estas interpretaciones diferentes de la civilización hablan directamente de la relación global entre Estados Unidos, Gran Bretaña y América Latina en el siglo XIX. El punto del ejercicio no es simplemente notar “vaya, en cada lugar los hombres y los países se ven diferentes”. El punto es ver que las diferencias están conectadas. En el siglo XIX, Estados Unidos está emergiendo como un serio desafío a la hegemonía británica, mientras que, con el colapso del imperio español, América Latina ha sido de pronto transformada en la hermanastra inferior de Norteamérica. La ansiedad sobre la modernidad y la masculinidad adquiere diversas formas y éstas se encuen-

tran relacionadas. El juicio de Rhodes sobre un imperio británico vulnerable; el deseo de Roosevelt de establecer el excepcionalismo norteamericano y el liderazgo hemisférico; los miedos de Sarmiento de que Argentina no sea lo suficientemente europea o moderna: lo que obtenemos al poner a estas historias a dialogar es una historia transnacional en donde los retratos de estos hombres (y sus naciones) están relacionados, sin ser por ello iguales.

El giro transnacional es emocionante. Abre nuevas posibilidades. En Chile podría incentivar un enfoque propio hacia las Américas o, más aun, una completa consideración de las largas conexiones de América Latina con Asia y África. El campo de la historia chilena es famosamente nacionalista. Quizás la historia de Estados Unidos sea el único otro campo que conozco tan dedicado a trazar su propio excepcionalismo (esto lo digo con mucho cariño, por supuesto, y lo digo como una historiadora *de* Chile). Pero el giro transnacional nos invita a todos a abrirnos. No a abandonar la nación, sino a considerarla como un producto de una dinámica más amplia. Ciertamente, siempre hay peligros al desenvolver historias locales o sobre la nación en una narrativa más amplia sobre lo global, o al insistir en que todos los estudios deben plegarse al privilegio de lo transnacional. No estoy proponiendo el término de la historia nacional o local. Estoy diciendo que el giro transnacional nos ofrece nuevas herramientas para *ese* trabajo también. Los actuales debates sobre la globalización y la transformación de los estudios de área en la era post Guerra Fría nos urgen a pensar sobre América Latina y sobre Chile, o sobre cualquier otra nación, de una manera emocionante y nueva. Depende de nosotros hacer, con estos instrumentos, lo que queramos.